

DEL INFIERNO TAMBIÉN SALEN ÁNGELES



GABRIEL

**"ES MÁS FÁCIL SACAR AL HOMBRE DE LA CALLE, QUE SACAR
LA CALLE DEL HOMBRE"**

Ilustración: Andrés Grimaldos

REFLEJO

A Gabriel Rosero le pareció que todo terminaba el día que vio su reflejo en un carro, precisamente el carro al que le estaba robando un espejo.

Se estremeció al ver que le faltaban algunos dientes, el pelo se asemejaba al nido de un pájaro, parecía desnutrido y enfermo. El reflejo mostraba a un hombre de unos sesenta años, cuando no superaba los treinta. Hasta ese momento no había percibido el sudor que se mezclaba con el hedor de la pecueca que salía de sus pies e impregnaba sus harapos; el particular aroma por primera vez le irritó la nariz, le aguó los ojos.

“Yo estoy lleno de puñaladas, tengo dos en la cabeza y otra por acá, aquí y acá...”, dice Gabriel mientras cuenta las once cicatrices que le quedaron luego de sobrevivir al filo de varias navajas, cuchillos y otros objetos cortopunzantes. Y agrega: “yo me recuperaba y quería fumar bazuco, tomar chorro y ser una gonorra. No me importaba la opinión de nadie, lo que quería era trabarme y soplar”.

Un día normal dentro de la L, Gabriel se despertaba a las nueve o diez de la mañana y mientras abría los ojos a su mente llegaba el primer pensamiento del día: buscar las ‘bichas’¹ de la tarde. Cuando pasaba el mediodía, le sudaban las manos al pensar en las dosis de la noche. Pero al fin, cuando la luna se asomaba solo quería acostarse y dormir, para que amaneciera rápido y con ello poder levantarse a ‘retacar’² para obtener más bazuco³.

Por ser cliente podía quedarse, consumir y dormir en un cartoncito dentro del lugar, así empezó a vivir en la olla. También empezó a ser el más querido de la zona, pues según dice Gabriel: “me decían siga, siempre a la orden, vuelva pronto, traiga amigos”.

¹ Papeleta de basuco

² Acto de pedir en la calle; dinero, comida, ropa

³ Base sucia de coca

INFANCIA

No tenía más de cuatro años, cuando enceguecido por la ira, Gabriel tomó un cuchillo y amenazó a su papá. “¡No le pegue más a mi mamá!”, gritaba empuñando un lápiz en un intento por recrear un momento que le marcó la vida para siempre.

Y es que Gabriel tuvo que crecer a los golpes, pues el estrés y la melancolía que le generaron la ausencia de su papá a su mamá, hacían que en las noches ella les diera ‘palo’ a él y a sus hermanos. “Se iba a trabajar y nosotros en casa. Un niño de 5 años y otro de 7 cuidábamos a un bebé de 6 meses. Nos delegaron unas actividades que no nos correspondían”, cuenta con sobriedad Gabriel. Así le tocó, un día era responsable del balón y al otro día del tetero de su hermano menor.

El papá los visitaba cada mes, cada seis meses, cada año y cada vez menos, pero cuando iba, tal como lo señala Gabriel, la pantalla del televisor caía al suelo, a lo lejos se veían saltar los pedacitos de vidrio y hasta los botones del equipo de sonido volaban. Él llegaba a partirlo todo.

Gabriel cree que de alguna forma, el tener una infancia precaria, con falta de afecto y atención fue regando el camino para llegar a la calle, pero también dice que todo fue una cadena de malas decisiones.

Aceptó hablar de su vida en la calle porque entendió que puede ayudar a que muchas personas la conozcan sin tener que vivir en ella. Vive en un apartamento en Monterrey, un barrio al sur de Bogotá. Habla desde el otro lado de la mesa, manteniendo su característica sonrisa de dientes blancos y perfectamente enfilados, esos dientes que son el trofeo por dejar el consumo y la calle.

Mientras relata su historia va y viene en la laguna de sus recuerdos, cambia la historia por otra y se le olvida porque está hablando de eso, si lo que quería contar era otra cosa. Se detiene, mira hacia arriba, luego a un lado como intentando acomodar los engranajes de su cerebro, como si algo estuviera fallando. Ahora tiene daños en la memoria a corto plazo y se los atribuye al consumo de bazuco, que por más de 8 años lo

mantuvo en la calle, no hay diagnóstico médico que le confirme que esos aparentes daños fueron la consecuencia de todo lo que durante años inhaló, fumó y bebió. Luego de una risilla solo pronuncia dos palabras: “atención dispersa”. Gabriel se ríe con la misma fuerza con la que se levantó de los andenes muy poco antes de conocer a Harold Jiménez, quien fue su ángel azul al llegar al Centro de Atención Transitoria (CAT) El Camino en Bogotá.

Harold lleva cuatro años ayudando a retomar la vida de quienes por voluntad propia deciden cambiar. Cuenta que el día que vio llegar a Gabriel, vio a un hombre callado y nervioso, hasta introvertido. Sin embargo, eso no duraría mucho, pues la personalidad arrolladora y la sonrisa de líneas definidas que siempre se le marcan en su rostro, poco a poco empezaban a salir. “Él es muy agradable, y tiene mucho conocimiento, le encanta contar historias y hacer reír a la gente”, agrega Jiménez, quien destaca que Gabriel es un ser humano que, a pesar de lo vivido, siempre estuvo motivado durante su proceso de rehabilitación.

“Nunca se me va a olvidar, cuando él se encontró con la familia. Salió corriendo, las abrazó, miró hacia el cielo y le agradeció a Dios por lo que estaba viviendo”, cuenta el ángel azul que ese día miraba la escena desde lejos con emoción y algo de orgullo.

Harold reconoce que fueron muchos los jalones de orejas que tuvo que hacerle a Gabriel, pero está satisfecho de que le hubiesen servido, porque después de verlo luchando consigo mismo, peleando porque la comida no le gustaba o la almohada era incómoda, ahora de vez en cuando lo ve bajarse de la camioneta en el CAT Bakatá, usando la chaqueta azul y siendo parte del equipo que busca a los habitantes de calle para convencerlos de que pueden vivir mejor. Hoy es también un ángel azul.

CALLE

A la 'L' no solo llegaban gamines, indigentes, o desechables –así como muchos se refieren a los habitantes de la calle de manera errada-. Allí se veían estudiantes, uniformados e incluso empresarios con zapatos embolados y corbata.

Según Gabriel hasta allá llegó uno de los dueños de una reconocida empresa de telefonía móvil, “iba con mucho billete, por ahí con cuarenta millones y regalaba bichas, los ‘sayas’⁴ lo cuidaban, lo atendían. Cuando se le acababa el dinero los mismos ‘sayas’ le pegaban y lo obligaban a limpiar la basura del sector. Después llegaba la familia y lo sacaban. Volvía a los seis meses y era la misma historia, terminaba con cobija como cualquiera de nosotros”.

El frío de la vida en la L hacía que todo se naturalizara. Era normal, tropezarse con un muerto, pegar o recibir una puñalada, o ver chicas haciendo sexo oral por un ‘pipazo’⁵ que no costaba más de doscientos pesos. Al mismo tiempo en que Gabriel escarbaba sus recuerdos, del baúl logró rescatar la vez que estando en un quinto piso, mientras él fumaba un revuelto de heroína con un poco de bazuco, uno de sus parceros murió luego de inyectarse. Sin saberlo esa dosis lo condujo a un viaje sin tiquete de regreso, y como los dos estaban consumiendo, a Gabriel le tocó hacerse responsable de un muerto que no era suyo. Al igual que todo lo que ocurre en la calle, no era de nadie y a nadie le importaba.

“Cuentero, ese man se murió, sáquelo de acá ¿qué le paso, una bolsa o un machete?” así lo dijo el jefe de la casa, de la olla. “A las dos de la mañana me tocó echarme el morraco al hombro y tirarlo en la carrera décima. En pleno viaje mío, me echo unos tragos, me pongo a hablar con él y luego lo dejo ahí en la calle. Cruzó el andén, me acurruco a soplar mientras la policía lo recoge y lo mete en el carrito de paletas”, explica Gabriel sin olvidar ningún detalle.

Por sacarlo de la olla le dieron un trago de dos mil y unas bichas; recoger habitantes de calle muertos se volvió tan normal, como que un carro de basura pase a recoger las bolsas de desechos. “Así de triste es la analogía”, agrega él, dando por

⁴ Vigilancia de la L

⁵ Consumo de busuco

sentado que a nadie le interesa lo que significa un cadáver más apilado en Medicina Legal, con una etiqueta atada a uno de los dedos gordos; a nadie le interesa el cuerpo de alguien que no será llorado, alguien a quién quizás su familia ya lo dio por desaparecido; uno más que se una a la cifra de muertos sin nombre; una vida que se esfumó como la nube que sale de una pipa donde se consume el bazuco.

FÉNIX

Dentro de él hay alegría y un mar de emociones alborotadas que aún hoy no ha logrado dominar, lo que sí tiene es tranquilidad para contar su historia como muestra de que la L en Bogotá fue real, y por más muros derrumbados, se trata de una historia que no puede quedar en el olvido o mimetizarse con relatos fantasiosos.

Gabriel vivió dos procesos de resocialización, el primero empezó el día que se vio sin zapatos y robando carros, pero esos seis meses acabaron tan rápido como empezaron. Aunque se había ganado un cupo para estudiar en el SENA⁶, camino a la inscripción, tuvo el infortunio de cruzar por el barrio Santa Fe, ahí vio a una amiga con la que fumaba, se bajó a saludarla y ahí se quedó: saludando, consumiendo y viviendo otra vez en la calle.

Tuvo que ser la intervención del Bronx la que le incomodara. Con el exilio de tantos habitantes de calle, el andén donde él vivía se ocupó por más personas. Le pareció absurdo pelear a cuchillo por un pedazo de ladrillo. Así que aburrido por la monotonía que la calle le ofrecía, fue a buscar ayuda.

Aunque Gabriel creyó todo terminaba el día que vio a su hija nacer, no fue así. Tampoco lo fue cuando en su cumpleaños número 30, su mamá –cansada de su comportamiento– lo abandonó y le dejó cuarenta mil pesos, que luego él se fumó. No acabó siquiera el día que se reflejó en ese carro, cuando vio su humanidad deteriorada.

Gabriel tuvo que recaer, volver a retacar, vender dulces y consumir, para tocar fondo y desde ahí tomar el suficiente impulso para convertirse en quien hoy, con gafas oscuras y chaqueta azul, cruza la calle frente al bus en donde voy. Camina junto a otros dos ángeles azules a quienes les da un puño de forma amigable segundos antes de levantar la cara y ver a una mujer que lo espera para recibir un abrazo de esos que solo Gabriel da, que rompe huesos, pero también miedos. Un abrazo que puede ayudarla a salir de la calle.

Ángela Bocanegra, 2019.

⁶ Servicio Nacional de Aprendizaje, es una institución pública de educación técnica y tecnológica.